

estudio, y á los cuales se les denominó «los solitarios» ó «Señores de Port-Royal.» En 1648, no pudiendo la casa de París contener á las religiosas cuyo número había aumentado hasta un centenar, una parte de la comunidad se volvió al campo y entonces los solitarios se retiraron á lo alto del valle, á la alquería de las Granges. En torno del monasterio se levantaron algunos edificios y el desierto se pobló acudiendo á él hasta algunos grandes señores.

Port-Royal fué uno de los poquísimos sitios de Francia en donde varios individuos vivieron en aquella época una existencia dichosa. Los solitarios y las religiosas creían sin duda que la gracia que Dios les había otorgado de llamarlos á aquel asilo era la prueba de que los había elegido, y se regocijaban de su tranquilidad, del hermoso orden de su vida cristiana, de su fe, de su «oración continua,» como ha dicho Racine en una página en que se percibe una emoción dulcísima:

«No había casa religiosa en mejor olor que Port-Royal. Todo lo que de ella se veía por fuera inspiraba piedad, y en ella se admiraba la manera grave y conmovedora con que se cantaban las alabanzas á Dios, la sencillez y al propio tiempo la limpieza de su iglesia, la modestia de las domésticas, la soledad de los locutorios, el poco afán de las religiosas de sostener en ellos conversaciones, su poca curiosidad para saber las cosas del mundo, incluso los asuntos de sus deudos, en una palabra, una total indiferencia por todo lo que se refería á Dios. Y las personas que conocían el interior de aquel monasterio, ¡cuántos motivos nuevos de edificación no encontraban en él! ¡Qué paz, qué silencio, qué caridad, qué amor á la pobreza y á la mortificación! Un trabajo sin descanso, una oración continua, ambición tan sólo de los oficios más viles y más humillantes, ninguna impaciencia en las hermanas, ninguna extravagancia en las madres, la obediencia siempre pronta y el mando siempre razonable.»

Lancelot, uno de los solitarios, autor del árido *Jardín de las raíces griegas* (Jardín de las raíces griegas), se creía transportado á los tiempos poéticos de los orígenes cristianos: «Oíase cantar suavemente cánticos en todas partes, lo que resucitaba en mi espíritu la imagen de aquella primera Iglesia de Jerusalén, en donde dice San Jerónimo que en su tiempo todavía se escuchaba resonar en todas partes, en los campos y en las casas, los cantos de los Salmos y de los *Alleluia*.»

La familia de los Arnauld dominaba á aquel pueblo de Dios agrupado en Port-Royal y en sus alrededores, del cual era la tribu de Leví; seis hijas y la viuda de Antonio I y cinco hijas de Arnauld de Andilli fueron religiosas de aquel monasterio. Entre los solitarios había tres hijos de Antonio I, el mayor Arnauld de Ardilli, Enrique Arnauld que fué obispo de Angers, y Antonio Arnauld, el autor de «la Frecuente,» á quien se denominó el Grande; tres hijos de la señora de Lemaistre, que era de la familia Arnauld, á saber: Antonio Lemaistre que en plena gloria de abogado dejó el palacio por la soledad; Luis Isaac Lemaistre de Sacy, uno de los más sabios de la familia, y Lemaistre de Sericourt, que trocó las armas por el retiro. Total, doce Arnauld en el monasterio y seis en las inmediaciones.

En su vida religiosa conservaron el orgullo de ser una ilustre familia. El gran Arnauld creía que su madre

había ascendido al cielo y como santa la adoraba, «siendo él, decía, hijo de sus lágrimas tanto como San Agustín de las de Mónica.» Una de sus hermanas, cuando durante su persecución será interrogada por el lugarteniente civil, se envanecerá de decir su nombre: «Lo digo en voz muy alta... porque en trance como este confesar nuestro nombre casi es confesar el nombre de Dios.» Asimismo admiraban el talento de su familia; uno de ellos dijo que no era sorprendente que «La Frecuente Comunion» estuviera tan bien escrita, puesto que el autor se limitó á hablar «la lengua de nuestra casa.» Una de las fuerzas del jansenismo fué que se atrincheró, por decirlo así, en una familia importante de la alta burguesía, que casi confinaba con la nobleza, que tenía entrada en la corte y relaciones en el Parlamento y que poseía el vigor y el orgullo de raza. Existían en Francia, sobre todo desde el siglo XVI, familias políticas que fueron verdaderas potencias en la política; pues bien, la familia de los Arnauld, familia religiosa, fué una potencia en religión.

Los Arnauld amaban Port-Royal como á una nueva Jerusalén: «Este lugar santo, decía la madre Inés, parece que me conmueve más que los otros; en él se siente verdaderamente á Dios de un modo especial.» Los solitarios y las religiosas habíanse persuadido poco á poco de que la Iglesia, que no existía «desde hacía quinientos ó seiscientos años,» había renacido en Port-Royal. Después que el papa hubo condenado la doctrina de Jansenio, Angélica, al recibir la noticia y en la sinceridad del primer movimiento de cólera, comparó en una antítesis audaz «las tierras infieles y crueles en donde la justicia es apenas conocida de nombre, Roma, en una palabra,» «con el lugar en donde todavía se encuentra un poco de fe, de probidad y de religión,» es decir, con Port-Royal. Allí, «crefáse uno, como ha dicho una religiosa, depositario de los tesoros de verdad con que Jesucristo ha enriquecido particularmente ese monasterio.» Tenían aquellas religiosas santos propios, reliquias que no había en ninguna otra parte, tales como las de los santos «modernos» de la Iglesia renovada. El cuerpo de Saint-Cyrán había sido distribuido en fragmentos entre los fieles; Port-Royal de París recibió el corazón y las entrañas que fueron objeto de su veneración. En los sueños nocturnos, la imaginación forjaba diálogos entre el señor de Yprés y el señor de Saint-Cyrán. Todo el monasterio creía en el triunfo de la verdad; de aquí que cuando la iniquidad comenzará á triunfar y á cantar victoria, Angélica se mostrará asombrada: «Veremos algún día en el otro mundo y acaso en este una parte de las causas que han movido á Dios á dejar oprimir á sus servidores y, en apariencia, la verdad misma.» Diríase que pide á Dios explicaciones.

Aquella agrupación de hombres y mujeres que oraban, meditaban y escribían; aquellas fuerzas morales é intelectuales importantes y conjuntas, aquel acantonamiento del jansenismo, aquel espíritu de tribu, el orgullo «de sentir á Dios de un modo particular,» aumentaron las inquietudes de todos los que seguían con atención los progresos de «la secta.»

Y, sin embargo, aquellos hombres eran «la gente más honrada del mundo» y positivamente grandes y sinceros cristianos, y gozaban de la estimación de algunos

de los mismos á quienes alarmaban. Bossuet, que conoció bien á los señores de Port-Royal y que casi les amó, ha sido quizás su juez más justo. En su oración fúnebre de Nicolás Cornet, les reprochó que fuesen «extremados» y que tuviesen «las conciencias cautivas de rigores muy injustos:»

«Siempre arrastran en pos de sí el infierno y no hacen más que fulminar anatemas... En todas partes encuentran crímenes nuevos y abruman la debilidad humana aumentando el yugo que Dios nos impone.»

Pero antes, en el mismo discurso, había condenado á otros extremados:

«Se ha apoderado de algunos doctores una funesta é inhumana complacencia, una piedad homicida que los ha llevado á hacer colocar almohadas debajo de los codos de los pecadores y á buscar disculpas para sus pasiones.»

Entre los rigurosos y los complacientes, Bossuet no vacilaba; prefería á los primeros.

Censuraba á los jansenistas porque seguían la doctrina de San Agustín hasta en consecuencias que son «ruinosas para la libertad del hombre,» «Toda la Iglesia y toda la Escuela» habían considerado siempre estas consecuencias como «escollos contra los cuales había que temer que naufragara el barco.» Y precisamente los jansenistas «no temían presentarnos estos escollos como el puerto de salvación hacia el cual debía navegarse.» Hacían luchar entre sí dos verdades, la omnipotencia de Dios y la libertad del hombre, y como la razón humana no puede ponerlas de acuerdo, sacrificaban la libertad. Pero «en la noche de enigmas y de obscuridades en que vivimos» no puede aspirarse á ver las cosas tan claras; el hecho de que dos verdades se contradigan en nuestro entendimiento no impide que sea verdad la una y que lo sea la otra también; Dios no se apura por nuestros dilemas que se disuelven en la unidad divina. En una palabra, el error de los jansenistas estaba en ser «más capaces de llevar las cosas al extremo que de contener el raciocinio en la pendiente...» más propios para comprometer dos verdades juntas que para reducir las á su natural unidad.» Pero este error no era un crimen, no era una herejía.

Por lo demás, á los jansenistas los defendía contra la acusación de herejes su adhesión á la unidad y su fe apasionada por el sacramento del altar que les hacía adversarios intransigentes de los calvinistas. Con toda sinceridad podrá uno de sus obispos decir al rey que se quería hacerle creer que hay una «herejía janseniana, cuando nada hay tan cierto como que no la hay.»

Sí, esto es cierto; pero de todos modos había algo, todo ese conjunto de razones de inquietud que hemos indicado. Los católicos de criterio claro, activo y práctico, como Vicente de Paúl y Olier, y los místicos sensibles que se inspiraban en Francisco de Sales, eran también contrarios al jansenismo (1).

(1) Es imposible examinar todos los sentimientos que el jansenismo despertó en sus adversarios. Entre éstos hubo quienes comprendieron que había de contribuir fatalmente á despoetizar y secar el catolicismo, que en la Edad media se adornaba con el arte y la imaginación: era entonces pintor, escultor, arquitecto y músico; contemplaba la naturaleza, los animales y las plantas y se recreaba en ellas; era poeta dramático y poeta cómico, narrador de leyendas y hacedor de santos; y tendía desde la tierra al cielo

Más que nadie eran contrarios á él los jesuitas, que no sentían ninguna simpatía por los Arnauld, enemigos hereditarios de su Compañía; y los Arnauld, por su parte, estaban predispuestos á seguir un rumbo contrario al de los jesuitas. Tenían éstos contra los jansenistas, si hemos de creer á Racine, «un ojo de literatos» porque desde que los últimos habían comenzado á escribir, los libros de los primeros «se quedaban en la librería, mientras que las obras de Port-Royal eran á la vez la admiración de los sabios y el consuelo de todas las personas piadosas.» Y, efectivamente, es cierto que el público laico prefirió á los in-folios que los jesuitas escribían para los sabios los libros que para él componían los jansenistas. Además, los jansenistas amenazaban á los jesuitas en algunos puntos sensibles, puesto que habían abierto admirables «pequeñas escuelas,» ampliado y embellecido el estudio de la antigüedad mediante la enseñanza de las letras griegas y abierto paso á la cultura moderna, y escribían libros de enseñanza que todo el mundo podía leer y comprender. Y aunque eran poca cosa sus docenas de alumnos comparadas con los millares que llenaban los colegios de la Sociedad, esta competencia podía algún día llegar á ser temible. Los Padres temían que Port-Royal, quitándoles la educación de la juventud, «secara su reputación en su fuente.» Por otra parte, jansenistas como el padre oratoriano Desmarés hablaban desde el púlpito á grandes auditorios; otros tenían entrada en la corte; Arnauld de Andilli era bienquisto de la reina Ana, que encontraba deliciosas las peras que para ella cogía en los árboles por él podados en Port-Royal; y finalmente los Arnauld trabajaban para que les fuera encomendada la educación del rey. De modo que los jesuitas no podían dar un paso sin encontrar los semblantes de aquellos intrusos en los sitios en donde les habría gustado no ver más que los suyos propios.

Pero para declarar la guerra á los jansenistas tenían otros motivos más graves que les habrían bastado: en

una larga escala por donde subían y bajaban los bienaventurados. Al mismo tiempo, empleaba la razón y el raciocinio, y sus doctores eran inagotables razonadores. Esto era provechoso para todo el mundo, así para las almas buenas que leían en las paredes ó en los ventanales el Antiguo y el Nuevo Testamento, que se extasiaban ó se divertían en las ceremonias y que escuchaban en el sermón ó en la velada los cuentos de los milagros y de los sortilegios, como para el alma mística en donde brotó el poema de la Imitación de Jesucristo, como para el doctor que en la montaña de Santa Genoveva discutía el nominalismo y el realismo. Había entonces multitud de viviendas en la mansión del Padre y en ellas se alojó toda la vida; pero el Renacimiento y la Reforma penetraron en aquella confusión divina; el Olimpo hizo una afortunada competencia al Paraíso y el espíritu de la filosofía antigua despreció la fe cándida y la denigró. La Reforma raciocinó sobre los mismos fundamentos de la fe, destruyó el culto y execró «la idolatría.» El catolicismo hizo concesiones al Renacimiento y á la Reforma, precisándose, purificándose y acabando por ser más que un sentimiento una doctrina. Ahora bien, una doctrina no tiene la fuerza de un sentimiento, así es que en el siglo XVI se enfrió el amor divino, y cuando la contrarreforma católica intentaba reanimar este amor, surgió una segunda reforma, el jansenismo, que obligó á la Iglesia á vigilar de nuevo, á disputar y á razonar. ¿No acabarán, pues, nunca todas esas disputas? Además, las letras y la política también buscan la razón, la sencilla, la rectilínea, y el espíritu del orden clásico y del orden real penetra en la religión. La Exposición de la fe que Bossuet escribirá para convertir á Turana es, en efecto, una obra de hermosa simplicidad, pero fría. El frío se iba apoderando del corazón de la Iglesia.

efecto, todo el espíritu del jansenismo era opuesto al espíritu de su Compañía.

Los jesuitas, nacidos en el peligro de la Iglesia y de este peligro mismo, eran los restauradores del orden y de la disciplina; allí donde la Iglesia había vencido, habían ellos tenido gran parte en la victoria, y acariciaban la esperanza y la ambición de realzarla allí donde había sucumbido y de llevar el Evangelio á los países desconocidos empujando hasta los confines de la tierra el tabique de la cuna única. Poderosos en todos los Estados católicos, poderosos en la Iglesia, poderosos en Roma, educadores de la juventud, directores de personas mayores, misioneros entre los infieles, enamorados de su obra universal, confiados, atrevidos y vigilantes, pretendían dominar el mundo para proporcionar á Dios mayor gloria. Querían que la humanidad fuese una sociedad gobernada por la religión, y tenían de ésta, por decirlo así, un concepto social.

Los jansenistas eran individualistas; eran fieles á la unidad católica, pero por la adhesión personal, y establecían muy poca diferencia entre el sacerdote y el laico doctor y austero. Para ellos el principal personaje de la religión era el «director», el que habla á la conciencia; mejor dicho, era la conciencia misma, pues el jansenismo era una entrevista á solas del alma con Dios y tan íntima como si no hubiese habido más que Dios y esta alma en el mundo. Sentíanse inclinados á considerar menospreciables y hasta condenables los respetos á las contingencias del mundo, y creyendo que era necesario y fácil remontarse por encima de tantos siglos hasta los tiempos de la Iglesia primitiva, reconstruyeron á tres leguas de Versalles una Tebaida. Aquellos hombres, penetrados de la civilización pagana antigua, quisieron, pues, restaurar la antigüedad pagana, en lo cual, por lo demás, son hijos legítimos de su época cuyo genio bebió en las dos fuentes, la profana y la sagrada. En Port-Royal se formó el genio de Racine, merced á las lecciones de Atenas y de la Sagrada Escritura, de Tácito y de San Agustín.

Ahora bien, un arzobispo de París decía á un doctor jansenista que no bastaba tener los sentimientos de la Iglesia, sino que era preciso, además, hablar «como ella habla hoy.» Aquel prelado era un hombre docto que sabía que la Iglesia no es inmutable en su doctrina ni sobre todo en sus métodos para conquistar á la humanidad. Una Iglesia ha de tener una política puesto que se propone guiar á los hombres, pero como este rebaño nunca es tan dócil que de cuando en cuando no se detenga ó no se precipite ó no empuje al pastor ora á la derecha, ora á la izquierda, el pastor atento á estos movimientos cede y resiste, resiste y cede. Los jesuitas eran pastores que temían la desbandada de las ovejas y amoldaban el cristianismo á las conveniencias intelectuales de los bárbaros á quienes evangelizaban en sus misiones y la moral cristiana á las debilidades de las almas cuya dirección tenían en el viejo mundo.

Apenas apuntó el jansenismo en Flandes, los jesuitas lo atacaron, unas veces haciéndole una guerra legítima, es decir, oponiendo doctrina á doctrina, espíritu á espíritu, otras combatiéndolo de mala fe, para lo cual arreglaron los materiales que el jansenismo proporcionaba, dieron relieve á algunos de ellos y añadieron otros á su capricho, componiendo de esta suerte una

monstruosa herejía janseniana. Un padre ultrajó la casa de Port-Royal y otro inventó que Arnauld, abad de Saint-Cyrán, y otros habían tramado en 1621 un complot para destruir la religión; los señores de Port-Royal contestaron á esos ataques. El público presenciaba atento la contienda en aquellos años de la regencia en que la gente seguía todos los movimientos y corría al menor ruido; y las familias se dividieron por la cuestión del uso de los sacramentos. El viejo príncipe de Condé escribió sus *Remarques chrétiennes et catholiques* («Observaciones cristianas y católicas») contra las novedades por las cuales se apasionaban su hija, la duquesa de Longueville, y otras «madres de la Iglesia,» como decía La Rochefoucauld. Con el fervor mezclábase el ridículo, y así vemos aparecer la moda de los cuellos subidos y de la mangas largas, «á la jansenista;» pero la doctrina iba abriéndose paso recomendada por su gravedad y por el talento de sus defensores.

Los jesuitas, en tanto, no sabían cómo asir al adversario de modo que no se les escapara, por lo que la lucha se prolongó dentro de un terreno vago hasta el día en que el síndico de la facultad de teología de París, Nicolás Cornet, señaló el terreno del combate, presentando en 1.º de julio de 1649 al examen de la facultad cinco proposiciones sobre la gracia. Se sobreentendía que dichas proposiciones contenían la doctrina de Jansenio, y que si eran condenadas, lo sería el jansenismo:

«1.ª Algunos mandamientos de Dios son imposibles para los justos con las fuerzas de que al presente disponen, á pesar de su voluntad y de sus esfuerzos; y la Gracia que los haría posibles les falta.

«2.ª Jamás se resiste á la gracia interior en el estado de la naturaleza caída.

«3.ª El mérito ó desmérito moral, en el estado de naturaleza, no requiere en el hombre una libertad emancipada de la necesidad interna de obrar; basta una libertad substraída á la coacción ó violencia externa.

«4.ª Los semipelagianos admitían la necesidad de una gracia interna preveniente para todas las buenas obras, aun para la iniciación de la fe; pero eran herejes en cuanto querían que la voluntad pudiera resistir ó adherirse á la Gracia.

«5.ª Hay error semipelagiano en decir que Jesucristo murió y derramó su sangre por todos los hombres.»

La Facultad decidió examinar las proposiciones, pero el Parlamento, en donde Port-Royal tenía muchos amigos, se lo prohibió; en vista de lo cual ochenta y cinco obispos pidieron al papa Inocencio X que «formulara un juicio claro y cierto» acerca de ellas. Como las proposiciones no estaban escritas al pie de la letra en el *Augustinus*, Port-Royal sostuvo que no se encontraban en éste, y en efecto los jesuitas no pudieron señalarlas en él; pero los jansenistas, por su parte, tampoco pudieron probar que no eran «el alma del libro.» Esta discusión interminable no tardó en hacerse divertida, y cuéntase que el rey, queriendo poner la cosa en claro, hizo leer el *Augustinus* por un cortesano, quien declaró que las proposiciones acaso estaban en el libro, pero de incógnito.

Otra dificultad surgió al mismo tiempo. Los ochenta y cinco obispos, al solicitar un fallo del papa sobre una doctrina profesada en Francia, sin haber sido previa-

mente examinada en el reino, habían desconocido uno de los derechos que pretendía la Iglesia galicana; de aquí que otros once obispos pidieran á Roma que las dos partes fuesen antes oídas y juzgadas en Francia por un concilio.

El papa retuvo el asunto y confió el estudio del mismo á una «congregación» que empezó á trabajar en septiembre de 1652; y después de un largo examen y con pleno conocimiento de causa, Inocencio X firmó en 31 de mayo de 1653 la bula *Cum occasione* que condenaba las proposiciones.

Los jansenistas, lo propio que sus adversarios, habían enviado diputados á Roma y tratado de conseguir que por lo menos «quedara á cubierto» la gracia eficaz, aquella sin la cual nada se puede y á la cual no se resiste, diciendo que sólo defendían las proposiciones «en el sentido de que contienen la necesidad de la Gracia eficaz.» El papa condenó pura y simplemente; sin embargo, cuando uno de los diputados jansenistas, en la audiencia de despedida, le rogó que dijese que no había entendido condenar la doctrina de San Agustín, el pontífice respondió: *O! questo è certo* («¡Oh, esto es verdad!»), y además le colmó de atenciones, bendiciones é indulgencias. Fué aquella una escena encantadora, italiana y pontificia.

Después que Roma hubo hablado, los «Señores» se encontraron sumamente perplejos, y aunque aceptaron el fallo, sostuvieron que las proposiciones no estaban en Jansenio y que no era el sentido de éste el sentido en que habían sido condenadas. Es imposible que fueran sinceros al subscribir una condenación que afectaba á su doctrina sobre la gracia; lo que hubieran debido hacer, como algunos lo comprenderán más tarde, habría sido sostener que la doctrina del *Augustinus* era realmente la de San Agustín y repetir públicamente á la Iglesia la pregunta formulada por uno de ellos al papa en la intimidad de una audiencia: «¿Entendéis condenar la doctrina de San Agustín?» Mejor hubiera sido aún que hubiesen formulado una confesión de su fe; pero no podían hacerlo sin ponerse en peligro, pues de haber reunido los fragmentos de su doctrina esparcidos en sus escritos y de haber añadido á ello sus manifestaciones verbales sobre la Iglesia y la Curia romana, el conjunto de la doctrina jansenista habría resultado una especie de tentativa de reforma casi tan grave como la del siglo xvi.

Ahora bien, los jefes jansenistas eran demasiado inteligentes y algunos de ellos demasiado buenos políticos para creer que pudiera acometerse una nueva revolución religiosa cuando Francia tenía aún á la vista las ruinas causadas por la anterior. A pesar de la soledad á que se habían condenado, conocían el mundo tal cual era, la Iglesia y el Estado, el papa y el rey, y las relaciones que unían á estas potencias entre sí, y sabían que éstas estaban en posesión de la tierra. Saint-Cyrán «deploraba mucho la herida que el Concordato había inferido á la Iglesia de Francia despojándola del derecho de escoger los pastores que desee, y hacía observar que con posterioridad á esto no se había visto aún en Francia un obispo que haya sido reconocido santo después de su muerte.» Para crear la Iglesia por ellos imaginada habría sido preciso volver el mundo del revés; y los jansenistas sabían que no podían hacer tal cosa. Pero ¿ha-

bían de salirse de la Iglesia? No querían. ¿Se someterían? No querían ni podían. No tenían, pues, más remedio que dar un rodeo y lo dieron.

El procedimiento pontificio, real y episcopal seguía su curso: una declaración del rey, de julio de 1653, dió fuerza legal á la bula de Inocencio X; la Asamblea del Clero declaró que «la Bula ha condenado las cinco proposiciones como estando en Jansenio y en el sentido de Jansenio;» y el papa, en septiembre de 1654, repitió que por la bula de 31 de mayo de 1653 había condenado en las cinco proposiciones la doctrina de Cornelio Jansenio contenida en el libro titulado *Augustinus*, siendo este breve recibido por una asamblea de obispos que presidió el cardenal Mazarino en mayo de 1655, y declarado ejecutivo en el reino. La contienda parecía terminada pues Arnauld, había prometido guardar un «silencio respetuoso;» pero en vista de que sus adversarios continuaban la polémica, no pudo contenerse y en una carta pública escrita á propósito de un incidente, volvió á decir que las proposiciones no estaban en Jansenio y manifestó que había encontrado en San Agustín que «la gracia sin la cual nada se puede había faltado á un justo en la persona de San Pedro, en una ocasión en que no puede decirse que no haya pecado.» Esta carta fué llevada á la facultad de Teología. Varios medios se emplearon para lograr la condenación de Arnauld, que al fin fué decretada; pero Pascal había intervenido en el debate.

«Vimos llegar, dice uno de los solitarios de Port-Royal, gentes de diversas provincias y de diferentes profesiones que, semejantes á marineros naufragados en el mar, venían en gran número á abordar al puerto.» De estos naufragos el más grande y el más digno de compasión fué Pascal. Había nacido éste con aptitudes para comprenderlo todo, pues para comprender el mundo era geómetra, físico y poeta, y para comprender al hombre, poeta, filósofo y psicólogo; y había, además, nacido para obrar y combatir porque era entusiasta, estaba atormentado por llamas internas é iba armado de todas armas, siendo, como era, lógico, vigoroso y sutil, irónico, terrible bajo su amarga sonrisa, orador, hasta retórico en caso necesario, escritor grande entre los grandes y aun y siempre poeta. El jansenismo estaba en él en estado violento. Desdeñaba la ciencia tanto como Saint-Cyrán y con más autoridad que éste para desdeñarla. «Considero la geometría como el ejercicio más elevado de la inteligencia, pero al mismo tiempo la tengo por tan inútil que no establezco diferencia entre un hombre que no sea más que geómetra y un hábil artesano.» Dotado de una sensibilidad más dolorosa que Saint-Cyrán, sentía mejor que éste el horror de la caída y la alegría de la Redención: «¡Alegría, alegría! ¡Llantos de alegría!» Contemplaba en la cruz á Jesús «que agonizará hasta el fin del mundo;» oía á Jesús que le hablaba y le decía: «En mi agonía pensé en ti; por ti derramé tal gota de mi sangre;» y puso en labios del Salvador esta frase por la cual la inquietud se convierte en acto de fe: «No me buscarías si no me hubieses ya encontrado (1).»

Hacia poco tiempo que Pascal había entrado en la intimidad de los solitarios de Port-Royal, cuando se en-

(1) En los «Pensées,» el «Mystère de Jésus.»

tabló el proceso de Arnauld y del jansenismo; Pascal lo llevó al público escribiendo una serie de cartas que se publicaron desde enero de 1656 á marzo de 1657, y fueron coleccionadas con el título de «Las Provinciales ó Cartas escritas por Luis de Montalte á un amigo suyo provincial y á los reverendos Padres jesuítas sobre el tema de la moral y de la política de estos Padres.» Después de haber discutido en las primeras la cuestión de la gracia, abrevió y atacó á los jesuítas, y entonces apareció la serie de maravillosos libelos contra la moral jesuítica. Libelos hay que llamarlos porque en las Provinciales no todo es justicia y verdad. En efecto, no es justo condenar la casuística, es decir, el estudio y la discusión de los casos de conciencia, ya que es un arte y un método indispensables á quienes toman á su cargo la dirección de las almas; y es injusto, por otra parte, imputar la casuística únicamente á los jesuítas, como si éstos la hubiesen inventado. Y tanto es así, que uno de los padres que replicaron á Pascal pudo substituir en una de las Provinciales por citas de dominicos las citas de jesuítas en ella puestas. Por estas razones estimó Voltaire que «todo el libro se basaba en un fundamento falso.»

Pero si es cierto que los jesuítas no fueron los primeros ni eran los únicos casuistas de la Iglesia, no lo es menos que ellos solos dirigían un número de almas mayor que todas las órdenes religiosas juntas, figurando entre las mismas las de los reyes y de los grandes señores. También lo es que utilizaron la casuística mucho más que los otros y que la refinaron, sea porque su Sociedad, nacida en España, reclutó allí espíritus extraños, sea porque, escaseando la virtud en los lugares elevados, hubieron de hacerse más acomodaticios á fin de conservar á Dios los homenajes de las almas ilustres. Es innegable que aun los mismos que le admiran han de confesar que Pascal, en algunas citas de odiosos textos jesuíticos, «se favoreció ligeramente,» «hizo algunas añadiduras» y hasta «se equivocó;» pero no lo es menos que algunos tratados de moral escritos por jesuítas y aprobados por superiores, fueron condenados por la Facultad de Teología, por la Asamblea del Clero de Francia y por el papa, y que de ellos dijo Bossuet que contenían «basuras.» Por consiguiente hay que aceptar el siguiente juicio que acerca de ellos emitió Pascal en términos bien meditados: «Sabed, pues, que su objeto no es corromper las costumbres, que no es este su propósito, pero que tampoco es su único objeto restaurarlas.»

El efecto que produjeron las Provinciales fué extraordinario. Un hombre había hablado en lenguaje claro y brillante, suelto y vigoroso, sin formas afectadas, sin palabras rebuscadas, casi sin imágenes, lenguaje que era traducción inmediata del pensamiento y que lo revestía sin esfuerzo de la ironía más fina, de la dialéctica más hábil ó de soberbia y vehemente elocuencia. Las «Cartas» cautivaron á todo el público, habiendo sido una de las primeras manifestaciones en Francia del poder del libro. Reunían las condiciones necesarias para gustarnos: lo que nos hace reír está muy cerca de convencernos; nos agrada también que se ensalce la bella moral heroica, y como sensibles, en proporciones iguales, á la ironía y á la elocuencia. En toda nuestra literatura no hay un libro más francés que las Provinciales.

Y aquel efecto subió de punto á consecuencia de un milagro realizado durante la publicación de las cartas. En el mes de mayo de 1656, una sobrina de Pascal, pensionista de Port-Royal, curóse de una úlcera que tenía en un ojo después de haberla tocado con una espina de la corona de Jesucristo. Pocos días antes Pascal había escrito que los milagros eran necesarios y que Dios no había cesado de hacerlos, y no dudó de que Dios había querido dar un testimonio en favor de la fe y de la verdad por medio del milagro de la Santa Espina. En sus «Pensamientos» dijo: «Las profecías eran equívocas y ya no lo son,» con lo que quiso indicar que las profecías del Antiguo Testamento eran dudosas antes de los milagros de Jesucristo, pero dejaron de serlo cuando el Salvador hubo realizado estos milagros; y añadía, poniendo en parangón esto con aquello: «Las cinco proposiciones eran equívocas y ya no lo son,» se sobreentiende después del milagro de la Santa Espina. Este es el triunfo de la fe. El hombre que se llamaba Pascal angustiábase con terror humano ante el mundo infinito: «El silencio eterno de los espacios infinitos me espanta,» [decía; pero el cristiano Pascal, que veía á Dios, que oía cómo le hablaba á él, que se atribuía una gota de su sangre, no parece percibir la desproporción entre estos dos hechos, la venida de Jesucristo y la curación de su sobrinita, la niña Perier.

La corte y la capital, exceptuando á los jesuítas, creyeron en el milagro y la persecución ya comenzada fué suspendida; los solitarios, que se habían dispersado después de decretada la censura contra Arnauld, regresaron á la «querida soledad;» pero los jansenistas, por haberse comprometido en la política, iban á tener que habérselas con el cardenal y con el rey.

El cardenal era por naturaleza muy indiferente á las sutilidades religiosas, y en una conversación con un jansenista explicó su punto de vista diciendo que no era un sabio, pero que sabía que San Pedro recomendaba la obediencia á los superiores: «*Obedite prepositis vestris.*» Añadió que en las parroquias se hacía mucha bulla y que se mezclaban en muchas cosas, y que en la propia corte las mujeres no hacían otra cosa que hablar de este asunto «á pesar de que nada entendían en él, como él mismo.» Lo que más le afectaba era que los jansenistas se hubieran mezclado en la Fronda, en 1649 y en 1650; y aunque Arnauld, cuyo realismo era sincero, les había desautorizado, Mazarino les guardaba rencor y acabó de enfadarse contra la secta á propósito del cardenal de Retz.

Retz, detenido en 1652 en el Louvre por orden del rey, había sido conducido al castillo de Nantes, del que se evadió dirigiéndose á Roma, adonde llegó en agosto de 1654. Los vicarios generales por él nombrados administraban la diócesis de París y reclamaban á su pastor; también lo reclamaban los párrocos de la capital, y al mismo tiempo unos y otros se declaraban, en «reclamaciones» múltiples, contra la moral relajada de los jesuítas y aprobaban las Provinciales. Parecían auxiliares del jansenismo, y los jansenistas, que precisamente necesitaban apoyos en el episcopado, se erigieron en defensores del escandaloso arzobispo. Las «plumas» de esos señores hicieron una activa campaña en la prensa y no se pasaba un solo día sin un escrito en que se pidiera el regreso del desterrado.

Finalmente, «los restos de la Fronda» se agarraban al jansenismo y Racine confiesa que los señores acogían con facilidad «á muchas personas disgustadas de la corte ó caídas en desgracia que iban á buscar á su lado consuelos y algunas también á consagrarse á la penitencia.» Entre estas personas figuraba la señora de Longueville, penitente de pecados escandalosos, que llevaba á la devoción un alma cansada, conturbada todavía; hubiérase dicho que en su manera de arrepentirse buscaba un medio de seguir resistiendo y rebelándose. Los señores eran casi todos «muy reservados en su lenguaje;» pero «tenían amigos que pronunciaban discursos á veces poco disculpables; que aunque dichos á menudo por particulares, se consideraban como de toda la corporación.» «El rey estaba advertido de que los jansenistas no estaban bien dispuestos respecto de él ni respecto de su Estado.»

En la «secta» había, pues, una pandilla política, no faltando en ella quienes trabajaban para llevarla por caminos peligrosos. Un emisario jansenista fué á decir al cardenal de Retz que podía contar con el crédito y con la caja de amigos poderosos si quería «estallar;» y el diario del jansenista Saint-Gilles contiene opiniones completamente facciosas allí donde habla de la gran victoria alcanzada por Condé, que había libertado Valenciennes, sitiada por las tropas del rey: «Al frente del ejército de España forzó nuestras líneas sin resistencia, hizo prisionero al mariscal de La Ferté-Senneville..., derrotó enteramente al regimiento de los guardias é hizo un gran número de prisioneros con casi todos los cañones y bagajes.» Sería injusto suponer que las opiniones de Saint-Gilles fuesen aceptadas por Arnauld, por Pascal y por los principales señores; pero era un hecho grave el de que algunos jansenistas hubiesen llegado á coincidir con los partidarios de Condé que, en aquel entonces, deseaban el aniquilamiento del ejército y de la flota reales.

En septiembre de 1660, el rey hizo examinar las Provinciales por una comisión de obispos y teólogos, y el Consejo, ajustándose al dictamen de la misma, ordenó que el libro fuera quemado por el verdugo. En diciembre, el rey llamó á los presidentes de la Asamblea del Clero y les declaró que por su salud, por su gloria y por el reposo de sus súbditos quería acabar con aquella situación; y en febrero de 1661, la Asamblea, reproduciendo la idea de un formulario que firmaron todos los eclesiásticos, lo redactó en estos términos:

«Condeno con el corazón y con la boca la doctrina de las cinco proposiciones de Cornelio Jansenio, contenida en su libro titulado el *Augustinus*, que los dos papas Inocencio X y Alejandro VII han condenado, la cual doctrina no es la de San Agustín, que Jansenio ha explicado mal, contra el verdadero sentido de aquel santo doctor.»

Inmediatamente se dió á los superiores de los dos monasterios de Port-Royal orden de despedir á sus pensionistas, á sus novicios y á sus postulantes, y se les prohibió recibir otros en lo sucesivo. Los solitarios se dispersaron; había comenzado la «gran persecución.»

El cardenal Mazarino la impulsaba con todas sus fuerzas. Estaba entonces esperando la muerte cuya proximidad presentía, y el rumor que circulaba de que el cardenal de Retz acechaba su último suspiro y se dis-

ponía á regresar á Francia le exasperaba. Temía que se reprodujeran los disturbios y que aquel otro cardenal se aprovechara del desorden para imponerse al rey como primer ministro. Una ordenanza de 3 de marzo prohibió á todos los súbditos del rey dar asilo al arzobispo, bajo pena de prisión y confiscación de bienes, y mandó á los gobernadores y lugartenientes generales que le prendieran á él y á sus partidarios dondequiera que pudieran encontrarlos. En aquellos últimos días fué cuando Mazarino habló al rey del jansenismo en los siguientes términos que Luis XIV ha referido entre las recomendaciones *in extremis* del cardenal: «que yo no debía... tolerar ni la secta de los jansenistas ni siquiera su nombre y que estaba obligado á emplear á este objeto todos mis cuidados y toda mi autoridad.»

IV.—Muerte de Mazarino (1)

La personalidad de Mazarino en los últimos años de su vida es tan singular, que no se sabe con qué palabra definirla: primer ministro no es bastante, porque primer ministro supone la existencia de alguien encima de él, el rey, y á su lado y debajo de él, la de otras personas y de otros ministros y la de consejos; cuando parecía que en Francia no había nadie ni nada más que Mazarino. El cardenal es «poderoso como Dios Padre al principio del mundo,» decía; y se cuenta que el joven rey, al verle pasar cierto día rodeado de una pomposa escolta, exclamó: «Ahí va el gran Turco.» Mazarino era, en efecto, más que un gran visir, era un potestad importado en nuestro país, el «protector» del rey y el usufructuario del reino de Francia.

En el Palacio Mazarino acumula más riquezas y más raras de las que contenían no sólo el Louvre y el Palacio Real, sino también Saint-Mandé y Vaux-le-Vicomte. Vincennes, de donde es gobernador, es convertida en residencia de verano espléndida y bien fortificada; el viejo torreón está lleno de artillería y las entradas del castillo hállanse defendidas por los mosqueteros montados de la Eminencia y por sus trescientos guardias de á pie que llevan bordadas en el hombro las armas mazarinianas. Acaso también para hacer más respetable aquella mansión instalóse en los fosos una colección de fieras con leones, osos y tigres.

El cardenal multiplicaba las manifestaciones de magnificencia. En el mes de agosto de 1660, cuando la fiesta de la entrada de la reina en París, no pudo figurar en el cortejo porque se encontraba enfermo, pero se hizo representar en él:

«Primeramente, dice el embajador veneciano, una

(1) FUENTES: Todas las *Memorias* antes citadas que han hablado de esta muerte, y además, *Mémoires inédits de Louis-Henri de Loménie, comte de Brienne*, publicadas por F. Barriere, 2 vol., París, 1828. *Mémoires de l'abbé de Choisy*, publicadas por M. de Lescure, 2 vol., París, 1888. En el tomo I de Clement, *Lettres...*, toda la correspondencia de Colbert, desde 1650 á 1661 y especialmente las cartas al cardenal. En el mismo tomo, un *État des biens, revenus et effets appartenant à Monseigneur, la présente année 1658*, formado por Colbert, pág. 520 y sig. *Les dernières paroles de M. le cardinal de Mazarin*, pág. 532 y sig.

OBRAS: Chantelauze, *Les derniers jours de Mazarin*, en «Le Correspondant,» entregas de 10 de julio y de 10 de agosto de 1881. Gazier, *Les dernières années du cardinal de Retz, 1655-1679*, París, 1875.